

***Informe a la Conferencia Provincial de Moscú de
Trabajadores del Metal***
León Trotsky
5 de junio de 1923

(Versión al castellano de Vicent Blat desde “From a Report To the Moscow Provincial Conference of Metal Workers, June 5, 1923”, en León Trotsky, *Materials and Documents on the History of the Red Army, The Military Writings and Speeches of Leon Trotsky How the Revolution Armed, Volume V: The Years 1921-23*, en formato pdf sin numeración; también para las notas. [Trotsky Internet Archive](#) (descargado el 1 de abril de 2024). 5 de junio de 1923. Del archivo.)

Camaradas, estamos entrando de nuevo en un período de inquietud. El ultimátum británico es sólo una de las expresiones externas de este período de inquietud. Hemos vivido años de intensa guerra civil e intervención, a los que les ha seguido el llamado período de respiro, marcado sobre todo por el acuerdo comercial ruso-británico y la invitación de nuestros diplomáticos a Génova y La Haya. Desde el acuerdo comercial ruso-británico hasta Génova hubo una especie de aumento constante del grado en que se nos reconocía, era como si hubieran decidido reconciliarse con nosotros. Hablo, por supuesto, de la burguesía, porque la clase obrera concilió con nosotros desde los primeros días de la aparición de la república soviética en la tierra.

Después de La Haya comenzó un nuevo período más intranquilo. Incluso la burguesía de los estados que habían concluido o iban a concluir acuerdos con nosotros se batió en retirada, total o parcialmente. Alegaron, en primer lugar, que las relaciones económicas con nosotros constituyen un juego que no vale la vela, porque importamos demasiado poco y podemos exportar demasiado poco. Ese era su principal argumento. El segundo argumento, un viejo argumento, temporalmente olvidado y ahora renovado, era que somos efímeros, que la república soviética está ahora, por fin, en su último aliento. Hablaron mucho de este “último aliento”, sobre todo en los tres primeros años, luego nos concedieron aparentemente un respiro; pero ahora Rusia está, por última vez, en su último aliento. La prensa burguesa y de los guardias blancos reitera esta opinión en todos los idiomas de la civilización burguesa.

Sin embargo, es necesario señalar que este ambiente de pillaje tiene, como siempre, su base económica. En 1919-1920, Europa atravesaba, como el mundo entero, una crisis económica muy grande, como el mundo capitalista nunca había visto. Bajo la presión de los millones de parados (en Norteamérica había cinco millones y en Gran Bretaña entre dos y tres millones), como suele ocurrir, la burguesía se esforzó en encontrar una salida para mantenerse en el poder, incluso mediante tratos con la Rusia soviética. Esta fue la explicación del período que vio la firma del acuerdo ruso-británico y, más tarde, nuestra participación en las conferencias de Génova y La Haya¹.

En Génova y en La Haya nos plantearon una seria cuestión, preguntándonos hasta qué punto nos habíamos civilizado y educado bajo la influencia de nuestros tratos económicos con Gran Bretaña y otros países. Cuando, a toda una serie de preguntas y, especialmente, a la cuestión básica de si aceptaríamos substituir la propiedad estatal por la propiedad privada de los antiguos propietarios, pronunciamos una respuesta categóricamente negativa, la burguesía resolvió socavar el prestigio de nuestros diplomáticos.

¹ El año 1919 y la mayor parte de 1920 fueron testigos de un boom de posguerra en Gran Bretaña. Éste llegó a su fin a finales de 1920, y el desempleo aumentó bruscamente, alcanzando su punto más alto (algo más de dos millones) en junio de 1922, tras lo cual descendió a 1.137.000 a finales de 1923.

En La Haya, pocas semanas después de Génova, el respeto mostrado a nuestros diplomáticos era ya mucho menor. Después de La Haya, que, como recordarán, quedó en nada, nuestra situación internacional (hablo siempre de la situación oficial, es decir, de nuestras relaciones con los gobiernos burgueses) empezó a deteriorarse cada vez más. Lord Curzon contaba ya entonces con un nuevo período de auge económico en Gran Bretaña y en todo el mundo. Según las leyes del desarrollo normal, una crisis económica suele ir seguida de una recuperación económica. En la actualidad, esta recuperación no ha alcanzado en Europa los niveles de antes de la guerra, pero el número de parados en Gran Bretaña ha disminuido considerablemente. En Francia no había sido fuerte la disminución al principio, y en Norteamérica, tras una tremenda crisis, se observa un auge general. Durante el año pasado, muchos grandes trusts norteamericanos, por iniciativa propia, han subido los salarios de sus trabajadores de tal manera que han paralizado de antemano cualquier movimiento huelguístico.

Por otra parte, ha resultado que nuestro avance económico procede lentamente y que, como compradores y vendedores en el mercado mundial, constituimos una magnitud comparativamente modesta. Sería posible aumentar nuestro poder adquisitivo concediéndonos grandes créditos e invirtiendo en nuestro territorio soviético grandes cantidades de capital extranjero, en forma de préstamos, durante varios años. Pero la situación en Europa y en todo el mundo es tan inestable, y la burguesía carece ahora tanto de fe en su propio futuro, que no se atreve a emprender una operación calculada sobre un período de años, como solía hacer antaño, antes de la guerra imperialista. Hoy en día la burguesía mundial vive día a día: hoy agarran, especulan, roban a Alemania, ponen sus manos en el Ruhr, se llevan y venden, extraen sus beneficios, y así día tras día.

Estas, camaradas, son las razones fundamentales que han obligado a la burguesía a decirse a sí misma: hoy, la Rusia soviética, la Unión de Repúblicas Soviéticas, es todavía una cantidad demasiado pequeña, como comprador y como vendedor: para nosotros invertir capital con el fin de ayudarles a reactivar su economía no sería rentable, porque podríamos recoger los frutos sólo después de cinco u ocho años: y quién sabe cuál será la situación entonces.

Además, la república soviética demostró en Génova y La Haya que no está dispuesta a renunciar a sus “errores” fundamentales. Es cierto que ha introducido la Nueva Política Económica, la NEP se está desarrollando y el mercado en expansión, pero los ferrocarriles, las entrañas de la tierra, los principales medios de producción y las empresas industriales básicas están en manos del estado. Y la república soviética no ha aceptado ni devolver las fábricas a sus propietarios ni indemnizar a estos últimos por las pérdidas y daños sufridos. Si se permitiera a la república soviética desarrollarse más (y se está desarrollando, aunque lentamente), entonces, dentro de unos años, conservando sus principios comunistas, podría convertirse en un factor poderoso, en un factor más peligroso en el desarrollo mundial de lo que es hoy. Por lo tanto, lo que hay que hacer es intentar darle un empujón, poner a prueba su estabilidad.

Coincidió con esto el ataque frenético de nuestra prensa de los guardias blancos relacionado con la enfermedad de Vladimir Ilich. Allá fuera, en el extranjero, viven entre un millón y medio y dos millones (no lo olvidemos) de antiguos terratenientes rusos, capitalistas, banqueros, generales, funcionarios, profesores, abogados y médicos, que han esperado la caída del poder soviético de un día para otro, que se han sentido decepcionados, pero entonces han empezado a esperar un milagro. Y cuando se recibió el primer telegrama sobre la enfermedad de Vladimir Ilich, eso dio alas a sus esperanzas. Han aprendido a apreciar lo que el camarada Lenin significa para nuestro país y para la revolución mundial. Han aprendido a apreciarlo tanto que comprenden que su retirada del trabajo, durante mucho tiempo, aunque sólo sea por un tiempo, significa una terrible

desventaja para las perspectivas de toda la revolución. Pero, además, cuentan firmemente con que la enfermedad del camarada Lenin provoque de una vez por todas la descomposición, la desintegración, el conflicto interno en el partido comunista y en el aparato soviético que dirige. Esta era su esperanza principal y fundamental. Y cuando leían nuestro periódico central, *Pravda*, en el que había artículos polémicos antes del congreso, en los que Osinsky² escribía y Kámenev, Martinov, Krasin y otros replicaban, esta polémica en las páginas de nuestro órgano central les parecía el presagio de una gran catástrofe, el derrumbamiento de todos los pilares de la república soviética y, por tanto, el día del juicio final de los sóviets. En Helsingfors

organizaron una fábrica especializada en la elaboración de este tipo de rumores: se podían leer en los periódicos burgueses, en los papeles de los emigrados blancos, telegramas sobre discursos de Preobrazhensky que nunca había pronunciado, sobre discursos de Bujarin que habían sido una gran sorpresa para él, sobre mis réplicas a reproches que nunca había oído ni refutado. Todo esto fue recogido por toda la prensa de Europa y Norteamérica, traducido a todos los idiomas, y así durante semanas y meses enteros. Y hay que decir que, por este medio, han logrado causar una impresión en la burguesía europea, en el sentido de que estamos al borde del colapso, que el partido está desmoralizado y el aparato soviético a punto de trocearse. Y en estas circunstancias Curzon dijo: “Debemos tratar de darles un empujón, tal vez salga algo de ello”. Estas son las condiciones previas económicas, políticas y psicológicas del ultimátum de Curzon.

Al mismo tiempo, dentro de los países de Europa, vemos un indudable renacimiento del movimiento revolucionario de masas, tras la calma de 1921 y de parte de 1922. Podemos proyectar una curva en este sentido. En 1919, después de la guerra, los trabajadores de toda Europa estaban, como sabéis, en un estado de ánimo profundamente revolucionario, y si hubieran estado dirigidos por partidos que se parecieran lo más mínimo a nuestro partido, el proletariado de Europa habría tomado el poder en 1919. Pero el partido socialdemócrata que habían levantado en el pasado, les traicionó. Y se encontraron sin dirigentes en el momento mismo de la primera ofensiva revolucionaria después de la guerra. Hubo toda una serie de movimientos fracasados, la derrota de los obreros en Alemania y, sobre todo, en Italia, el golpe sufrido por los obreros en Francia en mayo de 1920³, y, como consecuencia, un descenso de la moral. La clase obrera ha constatado que, incluso después de la guerra imperialista, la burguesía se ha mantenido en el poder, que su aparato policial y militar se ha reforzado y que no se le puede arrebatarse el poder con las manos desnudas.

El partido comunista empieza poco a poco a tomar forma. Es un proceso lento, y las amplias masas de trabajadores están esperando a ver. Esperan a ver porque el viejo partido les engañó, y no van a mostrar una confianza ingenua en el nuevo partido comunista: esperan a ver. Y en 1920, 1921 y principios de 1922 hubo un gran estancamiento en el movimiento revolucionario y un lento crecimiento del partido comunista. En ese período la Internacional, dirigida por nuestro partido ruso, planteó la consigna del frente único, es decir, la minoría comunista propone a la masa obrera un frente único en todos los movimientos, en todas partes, en el que se defiendan los intereses elementales de las masas obreras. Al principio, estas consignas de frente único rebotaron

² No hay ninguna referencia en el texto, pero éste es evidentemente el pasaje al que se refiere la nota 7. N. Osinsky (V. V. Obolensky) fue en 1921-1923 Comisario del Pueblo para la Agricultura. En octubre de 1923 fue uno de los firmantes de la Plataforma opositora de los 46. [Ver la plataforma “Carta de los 46 al Politburó del Comité Central del Partido Comunista Ruso (Bolchevique) (Plataforma de los 46)”, en *El nuevo curso (y anexos)*, 3ª edición, páginas 58-63 del formato pdf, en nuestra serie *Obras Escogidas de León Trotsky en español (OELT-EIS) (Libros, folletos, panfletos, recopilaciones y otros materiales)*]

³ El 1 de mayo de 1920, los ferroviarios franceses se declaran en huelga, apoyados por los estibadores y otros grupos. Sin embargo, la huelga se diluye y termina sin éxito antes de finales de mayo.

en los viejos sindicatos, en los socialdemócratas, en las masas obreras pasivas, como guisantes en la pared, pero el auge económico que ha tenido lugar durante el último año en Europa y en todo el mundo ha sacudido a las masas obreras de su pasividad, y ahora asistimos a una marea de movimientos huelguísticos en todos los países de Europa.

Para una huelga, los trabajadores necesitan cerrar filas. Por eso las propuestas de frente único de los comunistas, que están en minoría, se encuentran ahora con una respuesta mucho más simpática, y probablemente habrán leído cómo, en el sindicato internacional de trabajadores del transporte, hemos logrado realizar un frente unido, es decir, nuestra asociación internacional de trabajadores del transporte rojos y el sindicato del transporte de los ámsterdamicos (los amarillos, como los llamamos, y con razón) han podido establecer una organización de contacto para la lucha conjunta contra el peligro de guerra y por los intereses comunes de los trabajadores del transporte. Esta es una de nuestras mayores victorias. Por el momento, estas victorias no tienen una expresión concreta, pero significan que, con el ariete del comunismo, hemos derribado el muro de la apatía y hemos obligado a los dirigentes amarillos de los viejos sindicatos traidores a encontrarse a mitad de camino con los sindicatos de la Profintern roja. Lo que está a la orden del día ahora es una unificación similar a escala mundial entre los trabajadores del metal, y aquí, aparentemente, si todas las señales no son engañosas, obligaremos a los ámsterdamicos a organizar un sindicato internacional, y a encontrarse con nuestro sindicato a mitad de camino para unir a los sindicatos revolucionarios a escala mundial.

¿Qué significa esto? Significa que la lucha de clases se intensifica tras un cierto período de declive. Esto no es todavía el primer paso, camaradas, no es el primer capítulo de la revolución proletaria en occidente, pues los comunistas están todavía en minoría, pero es ya una aproximación al primer capítulo, una transición de la decadencia al movimiento, al avance, y, por tanto, a un terreno más favorable para la influencia comunista en toda Europa.

Al mismo tiempo, las relaciones internacionales no sólo no vuelven al marco de las conexiones normales entre estados burgueses, sino que siguen siendo extremadamente tensas, amenazando con una explosión sangrienta de un día para otro. Lo hemos visto en lo ocurrido en el Ruhr. Desde la guerra imperialista, la gente está acostumbrada a cualquier cosa, pero si se piensa en lo que se nos presenta en forma de ocupación del Ruhr, hay que decir que se trata de una guerra, que no ha asumido el carácter directo de desconcierto inmediato de las masas por el mero hecho de que uno de los beligerantes mantenga al otro en estado de desarme. Esencialmente, cientos de miles de soldados franceses han irrumpido en Alemania, y se han apoderado de los nudos ferroviarios y de las minas, y están fusilando a gente armada o semiarmada, etcétera. Esta es una nueva forma de continuación de la misma guerra imperialista.

El asunto del Ruhr ha abierto una brecha entre Gran Bretaña y Francia, por una parte, y entre Italia y Gran Bretaña, por otra. Todo esto crea condiciones de máxima inestabilidad que tienen un doble significado para nosotros: en primer lugar, significan la caída de nuestro enemigo y, en consecuencia, que la revolución puede avanzar más rápidamente de lo que pensábamos hace poco; y, por otra parte, este mismo colapso e inestabilidad en Europa crea la posibilidad de sorpresas en forma del ultimátum de Lord Curzon y de otros factores, quizá mucho más graves, en la esfera de las relaciones internacionales.

Polonia ha mostrado en los últimos tiempos una creciente disposición a pasar de la tutela de Francia a la de Gran Bretaña. En los últimos días se ha producido allí un cambio de gobierno. La llamada agrupación de izquierda, la más aventurera, cuyo portavoz era Pilsudski, ese conocido “amigo de Ucrania”, fue derribada, y ahora está en el poder un gobierno kulak-campesino de Witos junto con los Demócratas Nacionales,

que son el partido local del comercio y la industria, algo así como nuestros difuntos octubristas o cadetes. Este cambio de gobierno en Polonia se corresponde con nuestros intereses. Nadie, por supuesto, supondrá que los octubristas polacos están más cerca o son más queridos por nosotros en el sentido de clase o socialista que los kerenskys polacos (y Pilsudski es un kerensky polaco, sólo que maquillado para parecerse a Napoleón), pero se apoyan en una sólida base de capital comercial e industrial. Bajo el zarismo la industria polaca, especialmente la textil, dependía totalmente del mercado ruso, y los grandes capitalistas polacos están muy interesados en restablecer relaciones pacíficas y de vecindad con nosotros. Y es de esperar que las relaciones con nosotros sean ahora más pacíficas, es decir, en el sentido de que Witos no enviará bandas de bandidos contra nosotros, en forma de savinkovistas, petliuristas y otros, porque los industriales polacos no se lo permitirán, sino que procurarán enviarnos mercancías textiles. Así pues, las relaciones con Polonia parecen mejorar.

También en Extremo Oriente, Japón parece estar cambiando de línea, huyendo de la influencia de Gran Bretaña, que había determinado su comportamiento, y preparándose no sólo para concluir un tratado económico con nosotros, sino incluso, al parecer, para restablecer relaciones diplomáticas plenas. Todo esto se encuentra por el momento sólo en la fase inicial, el camarada Joffe está negociando, y hay lo que parecen síntomas favorables⁴. Pero es difícil hacer predicciones en todos estos asuntos, en vistas de la completa inestabilidad de todas las relaciones mundiales.

Antes de la guerra mundial imperialista teníamos la Triple Entente, por un lado, y la Triple Alianza, por otro. Durante años y décadas los diplomáticos y jefes de estado mayor hicieron sus cálculos para una futura guerra, sabían contra quién lucharían, dónde estarían los campos de batalla, y engañaron a la opinión pública durante décadas. Hoy la profesión de diplomático o de general burgués se ha vuelto mucho más complicada, porque no saben contra quién movilizar a la opinión pública, con qué país, en qué teatro de guerra, tendrán que luchar, ni dónde pueden buscar ayuda, pues reina la más absoluta inestabilidad en todas las relaciones, tanto sociales como interestatales.

Probablemente se preguntarán cómo terminará nuestra cortés correspondencia con lord Curzon. Debo admitir, camaradas, con la conciencia tranquila, que no lo sé, y mucho me temo que, en este momento, lord Curzon tampoco lo sepa. Comenzó, como ya he mencionado, en un momento en que parecía que un empujón bastaría para derribarnos. Han pasado siete semanas y no se ha venido abajo nada. Nos dio un plazo de diez días, luego añadió unos días más, hasta el miércoles, y finalmente, el miércoles, el día 13 o 14, escribió una nueva nota, y en esta nota nos pedía que contestásemos lo antes posible y de una vez por todas, pero esta vez no ha fijado ningún plazo⁵. Es de esperar que nuestros diplomáticos no abusen de la paciencia de este lord Curzon tan cortés, sino que contesten a la primera oportunidad. Pero, ¿cómo responderá lord Curzon? Fue ministro del gobierno de Bonar Law, y los intentos de derrocar al gobierno soviético comenzaron bajo Bonar Law, pero Bonar Law cayó primero: entre las dos notas se produjo un cambio de

⁴ Joffe fue invitado a Japón, “por su salud”, por el exministro de asuntos exteriores de Japón, el vizconde Goto, presidente de la Sociedad Japón-Rusia, y durante su estancia inició, en la primavera de 1923, conversaciones sobre la reanudación de relaciones normales entre Japón y Rusia. Estas conversaciones se reanudaron al año siguiente y condujeron al reconocimiento japonés de la URSS en enero de 1925. Rusia ofreció “una expresión de sincero arrepentimiento” por la masacre de 700 japoneses en Nikolayevsk en marzo de 1920, y Japón accedió a evacuar el norte de Sajalín.

⁵ Se trata del memorándum de Curzon del 29 de mayo, entregado al camarada Krasin, que se encontraba en Londres para mantener conversaciones con el gobierno británico. En él, Curzon repetía las exigencias de su ultimátum inicial, pero ahora sin fijar ningún plazo.

gobierno⁶. Se dice que el nuevo tiene una actitud más conciliadora hacia nosotros (no puedo asumir ninguna responsabilidad por esta información, pero eso es lo que dicen). Así que la situación es que ahora estamos, por así decirlo, esperando el resultado de una especie de lotería, y no se sabe el número que nos tocará: esto es lo que mejor tipifica la situación internacional y la diplomacia y la política de la burguesía, cuando no se puede seguir ninguna línea coherente, y es imposible prever “lo que ocurrirá mañana” porque no se seguirá lógicamente de hoy. En cualquier caso, si suponemos lo peor, una ruptura de relaciones, esto sería, por supuesto, un duro golpe para nosotros, aunque un golpe del que podríamos sobrevivir.

Nos estamos convirtiendo cada vez más en un país exportador, que exporta, sobre todo, cereales y madera, pero también otros tipos de materias primas: lino, cáñamo, pieles. Gran Bretaña necesita nuestra madera urgentemente. En cuanto al grano, Gran Bretaña lo necesita algo menos, aunque también en este caso hay que decir que toda Europa está dispuesta a comprar todo el grano que podamos exportar. Ahora podemos citar la cifra de más de 50 millones de libras de grano de todas las variedades. Sin duda, se trata de una cifra pequeña en comparación con lo que exportábamos antes de la guerra: entonces exportábamos 600 o 700 millones de libras, a veces hasta 900 millones, pero, por término medio, entre 500 y 600 millones. El año próximo, sin embargo, si las perspectivas de la cosecha no son engañosas, esta cifra aumentará a 200 millones de poods o más. Es cierto que Norteamérica también exporta grano, pero eso tiene que pagarse con oro, porque Norteamérica no necesita nada de Europa excepto oro. Norteamérica no necesita maquinaria europea, y Europa no tiene materias primas propias. Pero Europa, tal como está, debe a Norteamérica 20 millones en oro, y no puede pagar, de modo que Europa es casi incapaz de comprar nada a Norteamérica. ¿Y nosotros? Nosotros, por supuesto, no somos reacios a recibir oro a cambio de nuestro grano, pero también aceptaremos maquinaria y otros productos industriales. Europa no puede exportar a Norteamérica, pero sí a nosotros. Por eso, si las cosas se alargan, es decir, si la revolución no se produce en un futuro próximo y la burguesía se mantiene en el poder durante tres, cuatro o cinco años más, entonces la burguesía británica podrá hacer muecas, pero al final tendrá que comer grano soviético y utilizar madera soviética. Sobre los demás países no vale la pena decir nada. Italia no puede vivir sin nuestro trigo. Ustedes saben que el plato nacional de los italianos son los macarrones. Lo hacen con trigo duro, y nuestro trigo duro del sur, del Kuban, es duro, tal como les gusta a los italianos; y diga lo que diga Mussolini, por mucho que filosofe sobre el tema del fascismo, se verá obligado, de todos modos, a comer nuestro trigo duro. Esta es nuestra principal baza, podemos decirlo con valentía, y esta es la razón por la que incluso una ruptura de relaciones diplomáticas con Gran Bretaña, que, por supuesto, iría en detrimento nuestro, simplemente ralentizaría nuestro progreso económico, pero ni lo detendría por completo ni podría hacernos zozobrar.

Edicions Internacionals Sedov

Serie: [Trotsky inédito en internet y en castellano](#)

Edicions internacionals Sedov



germinal_1917@yahoo.es

⁶ Bonar Law dimitió el 20 de mayo de 1923 y fue sucedido al frente del gabinete por Baldwin. La dimisión de Bonar Law se debió a su mala salud. El nuevo Primer Ministro Baldwin, había sido su ministro de hacienda. Curzon permaneció como ministro de asuntos exteriores, y el único miembro nuevo que se incorporó al gabinete fue Lord Robert Cecil. Baldwin tenía un pasado “empresarial” y en julio de 1923 una delegación de hombres de negocios británicos, encabezada por el primo del *Premier*, visitó la URSS.